

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA PAZ

Horacio CERUTTI GULDBERG

SUMARIO: I. *¿Ciencias sociales y subversión?* II. *¿Ciencias sí, ideologías no?* III. *¿Ciencias ideológicas? quizás utópicas? jamás...* IV. *Ciencias sociales en situación: ¿relativismo cultural?* V. *¿Ciencias sociales "ideológicas" y "utópicas" para la paz?*

I. ¿CIENCIAS SOCIALES Y SUBVERSIÓN?

Las ciencias sociales han sido sumamente atacadas y perseguidas en los diversos regímenes militaristas de América del Sur. En el actual proceso de afirmación de los sistemas de convivencia democrática, después de largos años de represión y con el sentimiento incierto del respeto a esta nueva situación por parte de quienes —uniformados o no— sistemáticamente los han agredido y socavado como verdaderos subversivos; tratando de rehacer unos hábitos y conductas tolerantes olvidados o casi perdidos, las ciencias sociales deben reinventar sus campos de acción y recrear sus propias tradiciones. Se trata de una recuperación después de largos años en la marginación académica.

Con el advenimiento de la doctrina de la seguridad nacional en doctrina oficial de muchos Estados militaristas y neofascistas en América latina, las categorías de "seguridad" y de "subversión" fueron recontextualizadas y exacerbadas en su significación.

La "seguridad" fue colocada como un ideal a alcanzar frente a una realidad amenazada e inestable, necesitada de toda la defensa que pudieran darle las instituciones armadas y sin ninguna limitación para liquidar a todos los elementos que eran marginados por el proyecto de dominación. Una especie de nuevo genocidio se impuso y, no demasiado paradójicamente, puede afirmarse que nunca tuvo menos seguridad la sociedad civil de estos países que durante la aplicación de esta doctrina. Incluso su inseguridad fue llevada a límites antes nunca vistos en este siglo, mediante aventuras de tan desastrosas consecuencias como la guerra de las Malvinas. Esta ansia desmedida y omniabarcante de seguridad creó situaciones de máxima inseguridad. Esa obsesiva y fóbica manía de seguridad a cualquier costo, no discriminó que los agentes

mismos de la inseguridad estaban corporizados por sus sedicentes defensores.

Por su parte y complementariamente, la noción de "subversión" pasó a abarcar la totalidad del espacio que cubría también la reelaborada noción de "enemigo". Todo aquel que cuestionara de obra, palabra o pensamiento a los regímenes imperantes cayó bajo este rótulo de enemigo subversivo. Cualquier crítica era subversión, cualquier reserva del individuo a la imposición imperativa del Estado era vista como fuente potencial de subversión. El enemigo estaba dentro del cuerpo social como una segunda piel que debía ser arrancada, previo proceso de identificación y delimitación. Era obvio que con un concepto tan desbordado se identificaran subversivos por todas partes, rebasando todos los límites jurídicos, institucionales y éticos.

En el contexto de la presente reunión cabe preguntarse por las razones esgrimidas para considerar a las ciencias sociales elementos peligrosos o subversivos. La respuesta no se hace esperar. Si descartamos posiciones extremistas, como las de aquellos que consideraban a Marx, Freud y Einstein, además de judíos, autores del materialismo histórico, el psicoanálisis y la teoría de la relatividad y, por tanto, enemigos de la "civilización occidental y cristiana"; la única respuesta posible es que el estudio de estas disciplinas sociales estimulan la atención sobre la propia realidad. No se pueden eludir reflexiones atingentes a la experiencia cotidiana, cuando se examinan propuestas que tienen que ver con la historia y la sociedad en otros tiempos y lugares. Las analogías, las equivalencias, la sensación de estar leyendo acerca de algo muy semejante no se pueden eludir.

En este sentido, más allá o más acá de propuestas metodológicas o enfoques ideológicos, las ciencias sociales ayudan a llamar la atención sobre demandas sociales impostergables y sobre mecanismos de ejercicio y manipulación del poder inocultables. Un sistema preocupado por ocultar sus actos y por desarmar a la opinión pública, naturalmente tiene que ver con malos ojos todo intento de pensar, de racionalizar lo social, lo político, lo cultural. El intento de racionalización (descripción, explicación, medición, comparación, interpretación) de esta realidad nace y deriva —casi necesariamente— de y en una conciencia de transformación. La típica actitud "naturalizadora" de las ideologías dominantes se revela así en toda su fuerza: hay que mostrar (lo indemostrable, por tanto la única alternativa es una persuasión "forzosa") que las situaciones sociales son "naturalmente" así y no pueden ser de otra manera. La existencia misma de las ciencias sociales como disciplinas (sin entrar por ahora en la discusión epistemológica acerca de su estatus, delimi-

taciones, etcétera) se funda en la conceptualización de sus objetos como entes históricos y no naturales: sujetos de cambio, modificaciones, susceptibles de interpretación, valoraciones, según códigos y marcos referenciales diversos. Esta situación se agrava cuando se vislumbra que las ciencias sociales abren un ámbito de discusión acerca del sentido mismo de la realidad. Las versiones sobre la realidad se entrecruzan, contradicen y confunden entre sí. El disenso y la duda son la norma. La crítica es permanentemente reclamada. Estos hábitos son nocivos para aquellos que pretenden poseer e intentan imponer *la* presunta interpretación única, indiscutible e indudable de lo real. El dogmatismo rechaza el conflicto de las interpretaciones. Aspira a convertir su miope y paupérrima aprehensión del entorno en la *summa* del conocimiento posible. La raíz epistemológica de nuestros fascismos criollos es epistemológicamente deleznable.

II. ¿CIENCIAS SÍ, IDEOLOGÍAS NO?

La tesis del fin de las ideologías se ha visto suficientemente reprobada por los hechos. Hace poco más de veinte años podían tener cierta verosimilitud afirmaciones tajantes como la de Daniel Bell que me permito citar, ilustrativamente, a continuación:

Pocas mentalidades serias creen todavía que puedan determinarse *clichés*, ni que, por medio de una "ingeniería social", quepa poner en marcha una nueva utopía de armonía social. Concomitantemente, las viejas "anticreencias" han perdido también su fuerza intelectual. Son pocos los liberales "clásicos" que insisten en la absoluta no intervención del Estado en la economía, y pocos los conservadores serios, al menos en Inglaterra y en el continente, que creen que el Estado Social sea un "camino de servidumbre". En el mundo occidental existe, por tanto, un acuerdo general respecto de cuestiones políticas como la aceptación del Estado Social, el deseo de un poder descentralizado, el sistema de economía mixta y el pluralismo político. También en este sentido la era de las ideologías ha concluido.

Sin embargo, ni en este ni en otros sentidos se puede dar por concluida la era de las ideologías. Más práctico sería aprender a convivir racionalmente con ellas. Desde hace años ya, la práctica política internacional nos muestra que los liberales "clásicos" tienden a confundirse en sus creencias, métodos y objetivos con los conservadores "poco serios". Los padecemos todos los días. Es más, actualmente, abusando de su poder, se permiten leer maniqueamente la historia para determi-

nar quiénes son los buenos y quiénes los malos. Las visiones *hollywoodenses* de la historia no son más que el renacimiento caricaturesco, a la *cawboy*, de las visiones mesiánicas y apocalípticas de la historia en sus versiones emanadas de los sectores de clase dominantes de la sociedad.

No sólo las ideologías no se han extinguido, sino que cada vez menos puede concebirse una actividad científica que no vaya enmarcada dentro de ciertos intereses que responden a clases, grupos o sectores sociales. Junto con estos intereses, se incorpora también una cierta visión de la realidad, una cierta inflexión conceptual, un cierto modo de aprehender la realidad y su sentido, incluso un modo de enfrentar la función epistémica y social llamada a cumplir por las denominadas ciencias sociales. En ese contexto, muchos problemas se hacen visibles. Fuera de él, quizá hasta carecen de sentido. La actividad científica no es una actividad ideológica, pero se gesta en el seno de una ideología. Cabe decir que en su génesis el discurso científico es siempre ideológico, aunque pueda "poner las cartas sobre la mesa", autocontrolar su génesis, exhibiéndola como una limitante, la cual paradójicamente, posibilita ciertos enfoques.

El problema se agudiza cuando —según la metáfora clínica— se las piensa como aquellas disciplinas encargadas de producir diagnósticos, pronósticos y proyectos terapéuticos o preventivos. La metáfora es insuficiente, pero nos sirve para aludir a la incidencia que las argumentaciones de las ciencias sociales pueden tener a nivel político. La traducción política de lo académico suele ser explosiva. Pero, ¿es esto siempre así?, ¿sirven estas disciplinas para fundamentar el ejercicio político o son, a lo sumo y en su más alto grado de prestigio, nada más que un elemento legitimador siempre *a posteriori* de decisiones previas que se deben justificar con un aparato teórico o numérico "indiscutible" *prima facie*?

Esto abre la puerta a una interrogante de la mayor relevancia, ¿cuál es el estatuto epistemológico de las ciencias sociales? Muy distantes de la religión, las ciencias sociales apuntan a producir nuevos conocimientos sobre el entorno social. Esto no obsta que, en determinadas circunstancias, se pueda hacer un uso religioso de sus resultados o de su institucionalización. El uso dogmático del discurso social así lo ha pretendido siempre, privilegiando ciertos resultados muy parciales y reductivos al proceso mismo de indagación.

III. ¿CIENCIAS IDEOLÓGICAS? QUIZÁS; ¿UTÓPICAS? JAMÁS. . .

Enunciada desde un marco de categorías e ideológico muy diverso, la tesis de las utopías no ha tenido mejor suerte que la del fin de las

ideologías. Los componentes materiales de la realización de la utopía están dados. Decir que están a la disposición de todos, sería ingenuo y, sobre todo, falso. Pero, son dispositivos de los que la humanidad podría ya disponer, aunque de ellos estén adueñados unos pocos. Sin embargo, lo más grave es que la realización de la utopía sucumbe ante sus condiciones subjetivas, en un círculo vicioso que podría enunciarse con un fragmento del diálogo sostenido por Herbert Marcuse con sus oyentes en 1968:

Pregunta: A mí me ha parecido ver en el centro de su ponencia de esta noche la tesis de que tiene que preceder un cambio de las necesidades a una transformación de la sociedad . . . Para mí la conclusión es que las nuevas necesidades sólo pueden producirse si empezamos por suprimir los mecanismos que han hecho de las necesidades existentes lo que son . . . Marcuse: Acaba de tocar usted la mayor dificultad de la cuestión. Su objeción es que, para desarrollar las nuevas necesidades revolucionarias, hemos de empezar por suprimir los mecanismos que reproducen las viejas necesidades. Pero, para suprimir los mecanismos que reproducen las viejas necesidades, ha de existir primero la necesidad de suprimir tales mecanismos. Este es exactamente el círculo ante el que nos encontramos, y no sé verdaderamente cómo se sale de él.

Lo interesante es que la utopía como anhelo, como horizonte axiológico, como sueño diurno de una sociedad alternativa más justa y solidaria integra también el discurso y la práctica científica. Es más, cabría decir que si se quitara esta dimensión, gran parte de ese discurso y esa reflexión serían ininteligibles. Los mundos ideales no son necesariamente los mundos de los conceptos límites. Son los mundos limitados por el *status quo* vigente, pero en ellos operarán también como límites los conceptos límites. Las utopías no constituyen un problema de lógica, sino un problema de ética social y fundamentalmente de filosofía política. Constituyen un *deber ser* deseado y deseable, pero sobre todo, constituyen una invitación al poder de la imaginación. La utopía se genera en el imaginario social de una formación social dada. Sería incomprendible sin este imaginario y sin los códigos que lo rigen. Pero, aspira y es su máxima aspiración —y, al mismo tiempo, quizá su paradójica miseria— a romper, a rebasar el imaginario dado. Su mayor miseria, porque en no pocas ocasiones apenas alcanza a superar en un nivel imaginario ese marco rígido del imaginario social establecido.

No por interesante y sugestiva, deja de ser menos inadecuada la propuesta de restringir lo utópico al plano de lo trascendental. Lo que

gana en criticidad lo pierde la utopía en eficacia. Cabe señalar que "utopía" alude a un concepto inestable, si se me permite hablar en estos términos aproximativos. Si se relega lo utópico al plano de lo trascendental —cada vez en cada respectivo momento histórico y siempre en la totalidad del curso histórico— se cuenta con una herramienta, aparentemente, eficaz como criterio para decidir respecto de los procesos concretos de institucionalización. Ningún complejo institucional puede agotar —por definición— la plenitud utópica. Pero, lo deseable al ser irrealizable, al menos parcialmente, al perder su característica principal de "irse logrando", deja de ser eficaz, se debilita en su operatividad histórica. La ciencia es también utópica en su operar y aspira a colaborar en el logro de ciertos objetivos deseables en lo científico y en lo social. Para eludir este marco de referencia, en la consideración de las ciencias se requiere previamente deshistorizarlas, con todos los riesgos de deformación que tal acción implica.

IV. CIENCIAS SOCIALES EN SITUACIÓN: ¿RELATIVISMO CULTURAL?

"Paz" se dice de muchas maneras. Entre nosotros, en América Latina "paz" no puede ser igual a la ausencia de guerra, aunque sería muy deseable que así fuera. "Paz" implica, necesariamente, por el momento en América Latina, una lucha tenaz e implacable contra las no menos arraigadas formas y variantes de un sistema de dominación que produce un *summum* de injusticias, muerte, desnutrición, hambre, torturas, atentados innúmeros a los derechos humanos más elementales. Mientras esa situación de dominación dure, no habrá paz. No porque nadie en particular lo decida, sino porque las condiciones elementales para esa paz no estarán dadas.

La pretenciosa "univocidad" de las ciencias no pasa de ser, en este contexto, un peligroso universal ideológico. Éste homogeneiza lo no idéntico con fines de persuasión. Sin embargo, la función epistémica reclama no confundir lo no idéntico y sí atender a los matices diferenciales, como la actitud más valiosa y que la caracteriza como tal.

¿Reclamamos, en absurda paradoja, una paz bélica? De ningún modo. Pretendemos asentar la invalidez de una presunta "paz" esgrimida para enmarcar la conflictiva social y escamotear sus verdaderas soluciones. En nuestra América, al igual que en el resto del planeta, la paz no puede ser sino el otro nombre de la justicia. Este principio rige como apotegma frente a todos los intentos por exportarnos una *pax* del consumismo (restringido en los hechos a una minoría de la población, mientras el resto consume sólo una deformante ideología de "espectati-

vas crecientes" imposibles de satisfacer y además artificiosas). Las verdaderas necesidades no se satisfacen con la indiscriminada promoción de un estado de guerra ficticio, aunque con consecuencias sangrientas.

Las ciencias sociales no pueden "tapar el cielo con las manos", su labor sólo podrá ser, aun en contra de los intereses de ciertos científicos sociales, de desocultación, denuncia y toma de conciencia.

V. ¿CIENCIAS SOCIALES "IDEOLÓGICAS" Y "UTÓPICAS" PARA LA PAZ?

Todo mi esfuerzo apunta en estas breves líneas a sustentar la quizá demasiado extraña tesis de que sólo aceptando los condicionantes, el marco ideológico, la tensión utópica y cultural en que se desenvuelven las ciencias sociales, podrán éstas ser un aporte *científico eficaz* para la paz.

Naturalmente, no entro aquí en otro terreno que es de importancia vertebral para completar esta reflexión. El papel que cumplen las ciencias, no solamente las sociales, sino muy especialmente las exactas y naturales, en la guerra. Aquí pienso, más bien, en la función tendencial de estos discursos y prácticas para la transformación liberadora de la sociedad, de una formación social dada.

Indudablemente, una visión no ingenua de las ciencias sociales debe reconocer el uso de que son objeto en contextos bélicos. Incluso no es errado afirmar que gran parte de su explosivo desarrollo actual se debe a estos usos, sobre todo a partir de la llamada Segunda Guerra Mundial (que más bien fue un conflicto interimperialista). La guerra psicológica es un elemento ya común de todo conflicto y es identificado por la opinión pública, que tiende a discriminar la información proveniente de las partes beligerantes.

Pero aquí estoy apostando a la función regeneradora del tejido social que puede tener el ejercicio de estas disciplinas como instrumentos y como generadores y reproductores de un ámbito donde el consenso y el disenso se racionalicen, disputen y negocien. El requisito epistémico incluye la superación del realismo ingenuo y la aceptación del *hecho* incontrovertible de que "realidad" se dice de muchas maneras y con múltiples significaciones.